

chos que se describen de modo fehaciente y casi día a día. Los minuciosos detalles que aportan estos textos son de una riqueza invaluable. El cuarto capítulo presenta las biografías de los principales personajes, tanto civiles como eclesiásticos y militares. Es inevitable detenerse de forma especial ante la biografía del famoso oficial Julián Sánchez “El Charro”, guerrillero tenido en gran estima por Wellington. Los impresionantes informes de los altos mandos españoles relatando los méritos de Sánchez son el mejor testimonio de su valía.

Finalmente, el listado de rigor de referencias bibliográficas está precedido de un pequeño apartado de dos páginas y media, con sus correspondientes notas al pie –denominado “Consideraciones finales” y anticipado más arriba– que da fe de la modestia de los autores. Es tan infrecuente como encomiable encontrar, al final de un trabajo de esta enjundia, un análisis razonado de lo que queda por hacer.

ALICIA LASPRA RODRÍGUEZ
Universidad de Oviedo

MÍNGUEZ BLASCO, Raúl, *Evas, Marías y Magdalenas. Género y modernidad católica en la España liberal (1833-1874)*, prólogo de Isabel Burdiel, Madrid, Asociación de Historia Contemporánea/Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2016, 299 pp.

Este libro constituye una aportación muy sintomática del cambio de tendencia que se está operando entre los contemporaneístas españoles a la hora de abordar la historia religiosa de nuestro país. Un cambio que se podría enfocar en términos de normalización, en la línea de las historiografías de otros países como Francia, Italia o Portugal y de consolidación de un campo específico de la investigación, ejercido desde una perspectiva no confesional, pero tampoco anticlerical. Pues bien, la monografía que nos ofrece Raúl Mínguez es un excelente testigo de ese cambio, así como del papel que un pequeño pero muy activo grupo de jóvenes historiadores está cumpliendo en él.

El planteamiento general de la obra, que el lector puede hallar en la introducción es muy sólido, denso y complejo, lo que no es incompatible con el hecho de que algunos de los conceptos clave que el autor propone como articuladores de su tesis, como el de modernidad católica (en referencia al siglo XIX), puedan suscitar alguna duda, como ya plantea Isabel Burdiel en su interesante prólogo, o merecer de un debate entre los especialistas.

Justamente es en el primer capítulo donde Mínguez postula la configuración, a lo largo del siglo XIX, de una modernidad católica enfrentada a la modernidad liberal, tan estrechamente unida, en este caso, a la secularización que, según la acepción canó-

nica de este concepto, consideraba como excluyentes la religión y la modernidad y el declive inexorable de la primera, una predicción que, sin embargo no ha quedado verificada –al menos en los términos en que se postuló en el siglo XIX–, por la propia evolución histórica general. Y eso que, precisamente el periodo liberal aportaría la prueba más eficaz respecto de los avances del proceso secularizador y del retroceso concomitante de la religión, si bien este enfoque se está viendo seriamente cuestionado por la historiografía.

Enfocando ya la atención sobre el catolicismo, el autor argumenta convincentemente sobre la adaptación a la modernidad que habrían desarrollado la Iglesia y los fieles católicos, perceptible en una serie de planos, tales como el fomento de una prensa o de un asociacionismo propios. Incluso el ultramontanismo, habitualmente entendido como la manifestación más palmaria de los postulados antimodernos por parte de la Iglesia romana, cabría enfocarlo como una cosmovisión, al mismo título del liberalismo o del socialismo, capaz de satisfacer las inquietudes de sus fieles y de competir eficazmente con sus rivales ideológicos. Sería por ello más exacto utilizar el concepto de “modernidades múltiples” que implica una pluralización de lo que antes se entendía como algo unívoco y muy sesgado ideológicamente.

Mínguez somete también a discusión la tesis, muy asentada, acerca de una supuesta feminización de la religión en el seno del cristianismo decimonónico, especialmente del lado católico, pero también del protestante y de la reclusión de la religión en la esfera privada y femenina, lo que confirmaría la teoría de la secularización. Pero ello evidenciaría, a su vez, cómo las “guerras culturales” entre liberalismo y catolicismo en el siglo XIX, se expresaron muchas veces en términos de construcciones discursivas que asociaban, negativamente, a las mujeres con la práctica religiosa y a los hombres (en una clave, esta vez, positiva) con el despegue y la laicidad.

Para pergeñar los rasgos característicos del modelo de feminidad católico y antiliberal, el autor efectúa una muy erudita exploración histórica que va desde la participación de las mujeres en el cristianismo primitivo a la visión del matrimonio y de la mujer dentro del mismo que propusieron Luis Vives y Fray Luis de León, caracterizada por una especial dureza y en que se encomendaba a las mujeres la crianza, pero no la educación de su prole. Ello le sirve para perfilar una serie de categorías discursivas que serían reinterpretadas, adoptando un tono menos hostil y más laudatorio hacia la mujer por los eclesiásticos a lo largo del siglo XIX. El autor se detiene en particular en los escritos sobre de Antonio María Claret quien,

pese a su misoginia o a su encomio de la virginidad para las jóvenes, era consciente de que el estado matrimonial era el más natural para una mujer o del papel de la educación para desempeñar bien su misión terrenal en lo que supondría una inflexión respecto de los modelos femeninos contrarreformistas. Ello requería de una mejor instrucción para las propias mujeres.

Pero este discurso también se expresó a través de los escritos de seglares que tomaron la pluma para defender los intereses de la Iglesia en el seno de la nueva sociedad liberal. El autor se detiene especialmente en una novela de Gabino Tejado titulada *La mujer fuerte*, y dirigida a las jóvenes de un medio social acomodado por lo que su autor se mostraba más transigente respecto de los bailes o de las formas de sociabilidad burguesa. Y en el *Manual de madres católicas* de Joaquín Roca y Cornet, que sería el primer estudio sistemático dedicado a la maternidad dentro de la cultura política católica y, por ello, revelador de cómo esta importante función de la naturaleza femenina estaba ganando espacio en un discurso dirigido preferentemente, conviene subrayarlo, a la clase media.

Precisamente otra obra de Roca y Cornet, *Mujeres de la Biblia*, le sirve a Mínguez para plantear como el catolicismo del XIX se valió de otros medios –las representaciones artísticas de figuras bíblicas–, para ofrecer a las

mujeres pautas de comportamiento a seguir o, en su caso, evitar. Roca seleccionó distintos personajes femeninos de la Biblia que cabría resumir en tres modelos distintos: el de la tentadora Eva, la ejemplar y virtuosa María y la pecadora y, luego, redimida, Magdalena, adaptando sus experiencias, según aparecen descritas en la Escrituras, a las categorías en uso en el siglo XIX.

En el caso de Eva, esta no fue presentada en términos tan condenatorios como había hecho la Iglesia en el pasado, aunque eso no implica que la figura de la mujer peligrosa y manipuladora desapareciera del todo del discurso católico. Magdalena, por su lado, no solo se propuso como modelo para las prostitutas que tuvieron así la oportunidad de reeducarse, sino también para que otras mujeres, de vida frívola y mundana, pudieran amoldarse a las reglas de un matrimonio cristiano. Pero la figura descolante es sin duda María, cuyo culto adquirió proporciones extraordinarias en esta centuria, especialmente a partir de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, en 1854, y de la que se resaltaron la pureza y la maternidad, cualidades perfectamente compatibles con la ideología liberal-burguesa de la domesticidad.

El autor, valiéndose del concepto de guerra cultural, aplicado a la pugna entre secularizadores y clericales después de la firma del Con-

cordato en 1851, analiza luego dos periodos, el Bienio Progresista y el Sexenio Democrático, en los que las conexiones entre religión y género tuvieron una marcada presencia en el espacio público, ejemplarizada en las intervenciones de las *señoras* católicas, muy movilizadas, sobre todo el Sexenio, a favor de la unidad religiosa o para protestar contra el abandono forzado por parte de las monjas de sus conventos de clausura, lo que sería replicado desde el lado liberal-democrático recurriendo a un lenguaje de género (las firmantes serían ignorantes y fanáticas, y estarían manipuladas por el clero). En todo caso, en el imaginario antiliberal se favoreció el que las mujeres pudieran sobrepasar el confinamiento en el mundo doméstico, privado y extendieran potencialmente su acción al espacio público.

El último capítulo trata de las congregaciones femeninas, un nuevo e influyente actor en el universo católico y que desarrolló una actividad social poco conocida todavía poniendo en marcha hospitales y escuelas en lo que sería una eficaz respuesta a los retos planteados por el liberalismo y al impacto de la economía capitalista sobre la sociedad. Por ese motivo, pero también por la estructura centralizada de que se dotaron estos institutos, su iniciativa empresarial, su flexibilidad, le parece al autor que dichas congregaciones constituyen una de las mejores muestras de la modernidad

católica. En el libro se pone el foco sobre las Adoratrices y las Carmelitas de la caridad, fundadas respectivamente por la aristócrata Micaela Desmaisières y por Joaquina de Vedruna, además de las Esclavas del servicio doméstico y las Religiosas de María Inmaculada (fundadas por Vicenta María López y Vicuña y María Antonia París). El recurso a fuentes de carácter personal –relatos autobiográficos, por ejemplo– permite a Mínguez ahondar en la subjetividad de las fundadoras y en su proceso de configuración como mujeres y como religiosas en lo que, en sí mismo, constituye una interesante aportación metodológica.

RAFAEL SERRANO GARCÍA
*Instituto de Historia Simancas,
 Universidad de Valladolid*

STUCKI, Andreas, *Las guerras de Cuba. Violencia y campos de concentración (1868-1898)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2017, 413 pp.

La tarea de perseguir los hilos de continuidad entre los sucesos históricos ha constituido desde siempre parte fundamental del trabajo de la investigación histórica. Este es uno de los principales objetivos buscados por historiador suizo Andreas Stucki en su libro *Las guerras de Cuba*, publicado en castellano por la editorial «La Esfera de los Libros» (el original